

# Situación de la guerra de la Independencia a lo largo de 1812

## EMILIO MARTIN SERNA

A finales de 1811 la mitad sur de España fue escenario de una encarnizada lucha: Suchet aplastó a Blake en Sagunto y tomó Valencia; Leval sitió Tarifa, y d'Erlon chocó con Hill en Arroyo Dos Molinos y Mérida. Las fuerzas de Wellington (que por poco fueron destruidas en Fuenteguinaldo en septiembre) se habían retirado a la frontera portuguesa en la región de Beira, donde el mal tiempo y las enfermedades las mantuvieron totalmente paralizadas. El comandante británico quiso tomar la ofensiva para apoyar a Blake y, sobre todo, para ocupar Ciudad Rodrigo, que protegía la ruta hacia el norte de España; pero, consciente de que las fuerzas francesas eran demasiado poderosas, tuvo que renunciar a hacerlo, confesando: "Aunque tuviera la oportunidad de emprender alguna acción en este sector, el lamentable estado de nuestro ejército me lo impediría".

No obstante mientras el ejército aliado intentaba recuperarse, se trajo del valle del Duero la artillería pesada de Wellington, cuya reconstrucción también se llevó a cabo. A finales de diciembre, cuando su ejército recobró energías, Wellington supo que Napoleón estaba retirando gran número de tropas de España para trasladarlas a su inminente campaña a Rusia y esto le convenció de que había llegado el momento de iniciar una ofensiva: las reducidas guarniciones francesas no podrían contenerle y, al mismo tiempo, continuar haciendo progresos en Valencia.

**A primeros de enero de 1812, las siete divisiones del ejército angloportugués se concentraron a orillas del Águeda, listas para entrar en acción. La artillería pesada, el cuerpo de ingenieros y las provisiones marcharon tras ellas, y el 8 de enero comenzó el sitio de Ciudad Rodrigo.**

La conquista de Ciudad Rodrigo el 19 de enero fue un gran triunfo para las tropas angloportuguesas. Además de tomar la fortaleza, se apoderaron de gran cantidad de cañones e hicieron 1300 prisioneros. Wellington perdió 1200 hombres incluidos dos generales: Mackinnon y Craufurd (apodado "El Negro" que cayó al frente de su división ligera)

Los franceses estaban horrorizados, se habían negado a creer que los aliados se pusieran en marcha antes de la primavera y ahora habían perdido el dominio sobre una de las puertas de España. Apenas preocupado por la débil ofensiva francesa que se produjo después de la toma de Ciudad Rodrigo, Wellington había marchado hacia el sur a finales de enero. Estaba deseoso de tomar Badajoz para, de esta forma, controlar también el acceso a España por el sur de Portugal. Los preparativos del nuevo sitio comenzaron enseguida y, a mediados de marzo, se habían concentrado entre Elvás y la frontera española 60.000 soldados, incluidos 1000 artilleros, e ingenieros con 58 piezas de artillería pesada. Badajoz cayó en poder de los aliados el 6 de abril y la población de Badajoz se vio sometida a espantosos actos de salvajismo llevados a cabo por los 10.000 soldados angloportugueses que saquearon enloquecidos la ciudad durante veintinueve horas.

Con las rutas que comunicaban Portugal con España tanto por el norte como por el sur bajo su control, Wellington poseía la iniciativa y, confiando en que las repercusiones estratégicas de un golpe a Marmont pusiesen también en peligro la posición de Soult en el sur de la Península, se propuso aprovechar la dispersión del "Ejército de Portugal" para emprender una gran ofensiva contra él. Pero para atacar a los franceses de la mitad norte de la Península Wellington tenía que aislarlos primero del "Ejército del Sur"

francés. Para ello mandó a Hill que destruyese el puente de Almaraz, defendido por una fuerza muy pequeña. Esta incursión de Hill logró perfectamente su objetivo: los ejércitos de Soult y Marmont quedaron incomunicados.

Tras separar a Soult de Marmont, Wellington elaboró un plan de acción. El 26 de mayo escribía a Liverpool comunicándole sus intenciones:

*"Me propongo avanzar hacia el interior de Castilla y emprender una acción contra Marmont. Creo que saldré ganando y que es el momento apropiado para tomar tal medida. Por fuerte que sea el enemigo en este momento, en toda la guerra no ha estado tan débil como ahora. Por consiguiente, tenemos más oportunidades de salir victoriosos que nunca; y un éxito obtenido ahora produciría resultados que no se obtendrían en ningún otro momento."*

Para aislar completamente a Marmont, Wellington pidió a la guerrilla que redoblara sus acciones contra los las fuerzas francesas en Castilla y Navarra y para apoyarla, dispuso que un gran contingente naval, bajo el mando del almirante Popham, emprendiese una intensa campaña en la costa de Vizcaya. Asimismo también se lanzaría un ataque naval contra Suchet: una gran fuerza mixta de británicos, sicilianos y españoles se concentrarían en Mallorca bajo el mando del general Maitland y desembarcaría en Cataluña. Al ejército de Galicia de Santocildes se le pidió tomar otra vez la ofensiva y a Hill Y Ballesteros que mantuvieran inmovilizado a Soult.

El 13 de junio, una vez acabados estos preparativos, Wellington cruzó el Águeda con ocho divisiones de infantería, acción que desembocaría en la batalla de Los Arapiles.

### Asalto a los fuertes de Salamanca

La toma de Ciudad Rodrigo por los aliados en enero de 1812, al dejar al descubierto la frontera hispanolusitana por aquel lado, había hecho sentir más vivamente la importancia estratégica de la posición de Salamanca, convertida así en puesto avanzado de los ejércitos imperiales franceses en el occidente de la Península. Napoleón le ordenó a Marmont que estableciera en Salamanca su cuartel general y que trabajase activamente en fortificar dicha plaza para defenderla de los británicos. Sobradamente convencido de la urgencia que ofrecía la ejecución de tales trabajos, Marmont se había dedicado a la tarea sin perder tiempo, aprovechándose de los abundantes conventos construidos sólidamente y que con algunos arreglos se convertirían en excelentes fortificaciones. Se eligieron tres conventos: **San Vicente**, en un lado de un pequeño barranco por el que fluía el arroyo de Curtidores, y **San Cayetano** y **La Merced** en el otro, formando un triángulo, con la ventaja de poder apoyarse mutuamente y de cubrir un espacio suficientemente vasto. Para más información ver mi artículo en la página web sobre las modificaciones sufridas por la "Vaguada de la Palma" en estos años

Si miramos desde el río Tormes hacia la Vaguada, San Vicente estaría en el enorme cerro que hay a la izquierda, La Merced estaría a la derecha, más o menos donde la actual Facultad de Ciencias y San Cayetano más o menos por encima del Palacio de Congresos. Toda esta zona de la ciudad quedó devastada por el asedio y la explosión de las reservas de pólvora, y salvo los cimientos del convento de San Vicente, que se han sacado a la luz, sólo podemos ver construcciones modernas

Wellington llegó a Salamanca en la mañana del 17 de junio, entrando en la ciudad sin encontrar mucha resistencia. El caso es que Marmont, dándose cuenta de su inferioridad numérica, se retiró con su ejército a una posición a unos 30 km al norte de la ciudad, cercana a la localidad de Fuentesauco. No obstante había dejado una guarnición de 800 hombres encastillada en los tres fuertes situados en la parte sureste de la ciudad. San Vicente era el recinto más fuerte ya que contaba con 30 cañones. El fuerte de La Merced sólo tenía dos cañones pero dominaba el Puente Romano y era realmente un problema para los hombres de Wellington que intentaban atravesarlo, obligándole a utilizar los vados del Tormes para entrar en la ciudad.

Por las informaciones que había recibido Wellington de los espías españoles se deducía que los fuertes no eran demasiado consistentes pero pronto se dio cuenta de que no iba a ser tan fácil tomarlos. Los ingenieros franceses habían aprovechado la piedra de los edificios demolidos al norte de los recintos fortificados para fortalecer las defensas; además, al haber despejado de edificios la zona al norte de los conventos, el campo quedaba despejado para que la guarnición francesa pudiera hostigar a los asaltantes. San Vicente sólo podía ser atacado a través de campo abierto por el norte ya que al sur estaba protegido por un acantilado que terminaba en el río Tormes y al este por un barranco. Además los ingleses no tenían el material de asedio adecuado ya que sólo tenían cuatro cañones de 18 libras y tenían que esperar a que llegaran otros seis cañones pesados y más munición que estaban de camino desde Almeida.

Así las cosas, Wellington marchó con el grueso de su ejército a una posición a unos cinco kilómetros al norte de la ciudad, los altos de San Cristóbal de la Cuesta. La Sexta División de Clinton iba a ser la encargada de quedarse en la ciudad y asediar los fuertes.

Los trabajos de asedio comenzaron al anochecer del **17 de junio** pero pronto se dieron cuenta los ingenieros ingleses de que se iba a progresar muy lentamente. La Sexta División no tenía experiencia previa en asedios y además los trabajos se veían seriamente dificultados ya que el terreno estaba completamente cubierto de una cantidad enorme de escombros que había que retirar antes de empezar a cavar. La noche era clara, con buena luna, y por lo tanto todas estas actividades de asedio eran visibles desde los fuertes franceses cuyos centinelas comenzaron a disparar sobre los zapadores que pronto se disolvieron ante el peligro de ser alcanzados por el fuego francés.

Durante esa noche un oficial de ingenieros salió con veinte hombres para investigar la posibilidad de volar la contraescarpa situada en el punto opuesto al lugar donde se pretendía abrir la brecha en la fortificación de San Vicente. Había suficientes ruinas para proporcionar cobertura a veintiún hombres y éstos lograron llegar a las murallas sin ser detectados, pero un perro, probablemente entrenado, comenzó a ladrar incesantemente. Esto alertó a una patrulla francesa que hizo que la partida se retirara con varias bajas. Había sido una noche bastante desesperanzadora y tan poco se había logrado al amanecer, que se suspendieron las tareas de asedio.

A la mañana siguiente el Teniente Coronel Burgoyne, el oficial al mando de los ingenieros, mandó a los fusileros para que contrarrestaran el fuego francés proveniente de San Vicente, y rápidamente trescientos hombres de un batallón de rifles de la Legión Alemana del Rey se instalaron entre las ruinas. Lograron silenciar la artillería pero no el fuego de fusil ya que los franceses disparaban escondidos tras las aspilleras y era imposible alcanzarlos.

Entonces se colocaron dos cañones de seis libras en el primer piso del convento de San Bernardo, a unos 100 m al norte, y se abrió fuego. El intercambio de disparos duró varias horas, durante el curso del cual murió un oficial británico y un artillero fue herido. A pesar de estas contramedidas, los trabajos de asedio eran prácticamente imposibles durante el día. Tan pronto como se hizo de noche se retomó el trabajo consiguiendo que la batería Núm.1 estuviera completamente lista con cuatro cañones de 18 libras y tres howitzers de 24 pulgadas.

Una segunda batería se instaló a unos 50 metros al sureste de la primera, al otro lado del barranco.

La Núm.1 abrió fuego contra el lado noreste de San Vicente a las seis de la mañana del 19 de junio, y pronto se consiguió derribar parte de la muralla. Dos howitzers más completaron la batería Núm.2 que también abrió fuego, pero como la Núm.1 había interrumpido el fuego para ahorrar munición, los cañones franceses centraron sus descargas en ella sufriendo grandes bajas. Como el efecto del fuego no era lo suficientemente devastador, éste se suspendió debido a que las municiones escaseaban.

Esa noche se trasladaron dos cañones de 18 libras a la batería Núm.2 y al mediodía del 19 de junio se comenzó a cañonear San Vicente de nuevo. Después de unos cuantos disparos se debió de alcanzar

alguna parte importante de la construcción ya que gran parte del lateral del convento y del tejado se vinieron abajo con un gran estruendo, enterrando a muchos defensores franceses que disparaban a la batería desde las aspilleras. Se lanzaron proyectiles llenos de material inflamable al interior de San Vicente con la esperanza de que se prendiera fuego pero los defensores consiguieron apagarlos, recuperándose del desastre rápidamente. De hecho se abandonó una batería exterior instalada frente al ángulo sureste del edificio pero el fuego francés desde el interior convento continuó sin tregua.

Todo este cañoneo a lo largo del día hizo que las municiones británicas quedaran exhaustas y como además parecía que Marmont iba a atacar la posición aliada de San Cristóbal se cesó el fuego y los pesados howitzers usados en el asedio se trasladaron para cubrir el flanco derecho británico. Como Marmont renunció a atacar, se retomó el asedio aunque con una alarmante escasez de munición, por lo que tampoco se avanzó demasiado.

En vista de la incapacidad para abrir una brecha en la fortificación de San Vicente, se decidió cañonear el noroeste de la muralla de San Cayetano, que era bastante menos consistente, con la esperanza de poder realizar luego un asalto y una vez conquistado, usarlo como base desde la cual excavar unos túneles y así minar San Vicente.

Se construyó una tercera batería durante la noche y a eso de las 11 a.m. del día 23 de junio se abrió fuego desde ella con un cañón de 18 libras y con tres de los howitzers que Wellington había traído de nuevo al asedio. No se consiguió demasiado, ya que la batería formaba un ángulo oblicuo con su objetivo y quedaba poca munición. De todas formas se consiguió destruir gran parte de las empalizadas y el parapeto fue seriamente dañado, por lo que Wellington decidió que se escalaran San Cayetano y La Merced, confiando, como otras tantas veces, en que la valentía y obstinación de sus hombres compensara las deficiencias en material.

En la tarde del 23 de junio se lanzó a unos 350 hombres pertenecientes a las brigadas de Hulse y Bowes contra las murallas de San Cayetano. No hubo aparentemente un "forlorn hope" (soldados elegidos por sorteo, castigo o voluntarios que entran primero en la brecha abierta en una fortificación a cambio de ascensos y honores, claro está, si improbablemente sobreviven) y toda la fuerza completa cargó a la vez. Cargaron con doce escaleras y enseguida comenzaron a sufrir las descargas artilleras de San Cayetano al frente y de San Vicente detrás. El asalto fue un desastre, ya que de las 20 escaleras que se cargaron solamente dos pudieron apoyarse en la muralla, con un coste de 120 hombres muertos o heridos. El mismo general Bowes murió en el intento, no defraudando las expectativas de Wellington al respecto de la obstinación de sus hombres, ya que insistió en liderar él mismo el ataque y después de ser herido al comienzo del asalto volvió al campo de batalla hasta que finalmente fue herido de muerte. Después de este fracasado asalto se produjo una tregua más o menos oficial para retirar a los heridos.

Con objeto de mantener cierta actividad hasta la llegada de nueva munición, se comenzó a excavar una zanja de aproximación corriendo de sur a oeste desde la batería Núm.3 y que podía ser usada por los fusileros para hostigar a algunos cañones de San Vicente que podían verse desde ese lado. Se excavó también una trinchera a lo largo del barranco desde un punto que se encontraba justo debajo de la batería Núm.2 hacia San Cayetano y que pretendía aislar este fuerte del de San Vicente. Los franceses se dieron cuenta del objeto de la trinchera y lanzaron fuertes descargas de artillería causando grandes bajas a los británicos. Sin embargo el trabajo se llevó adelante y al anochecer del 26 de junio ya se había alcanzado la vieja muralla. Este hecho permitió a los piquetes británicos apostarse en los edificios en ruinas, logrando así su objetivo de aislar los trabajos menores del principal.

El 26 de junio por fin llegó el suministro de munición de artillería. Los cañones siguieron batiendo San Cayetano y los howitzers comenzaron a lanzar balas calentadas al rojo contra los tejados de San Vicente. Al final del día San Vicente estaba ardiendo en varias partes aunque la guarnición logró extinguir los fuegos. Se situaron dos cañones de 6 libras y un howitzer en San Bernardo para mantener a raya a la artillería francesa.

Esa misma tarde se intentó una trinchera de aproximación desde el Colegio de Cuenca hacia el de San Cayetano, con la intención de minar la fortificación, ya que los cañones no conseguían abrir brecha. También comenzaron los trabajos para minar La Merced desde el sur; había un vado natural en el barranco que ofreció cierta cobertura en los trabajos iniciales, y como el terreno era de piedra arenosa los trabajos progresaron con cierta facilidad. La trinchera de minado estaba protegida por piquetes situados en las casas en ruina de los alrededores.

Al amanecer del día 27 las baterías comenzaban a tener efectos destructores sobre los fuertes; se consiguió abrir una brecha practicable en San Cayetano y San Vicente se vio envuelto en llamas sin que esta vez la guarnición pudiera extinguir el infierno de fuego que les envolvía.

Wellington no perdió el tiempo. Las tropas se situaron en el barranco debajo de San Cayetano y cuando se estaba a punto de comenzar el asalto al fuerte apareció una bandera blanca sobre el mismo. El comandante francés se ofreció a rendir San Cayetano y La Merced previa consulta con el comandante de San Vicente por lo que solicitó una tregua de dos horas. Wellington le dio cinco minutos para rendirse. El oficial francés, quizás temiendo la venganza de Napoleón contra todo oficial que rindiera una plaza antes del asalto, se negó a rendirse por lo que se le pidió que retirara la bandera blanca porque el asalto era inminente. El comandante de San Vicente se ofreció a rendirse en un plazo de tres horas pero Wellington, sospechando que era una argucia para tener tiempo de apagar los fuegos sin ser molestados, le dio también cinco minutos, y tan pronto como paso el tiempo fijado comenzó el cañoneo de nuevo.

San Cayetano fue asaltado por la brecha no enfrentándose los asaltantes a una gran resistencia, mientras que el fuerte de La Merced era exitosamente asaltado con escalas. Un batallón de Cazadores de la Sexta División se ocultó en el barranco y en los edificios cercanos con objeto de asaltar San Vicente pero los defensores no ofrecieron resistencia y el asedio llegó a su final.

El asedio, aunque finalmente favorable, no fue una operación particularmente satisfactoria, debido principalmente a que la capacidad de los fuertes para resistir había sido seriamente subestimada.

La construcción y asedio de los fuertes destruyó una gran parte del patrimonio monumental de Salamanca pero lo peor todavía estaba por llegar. El 6 de julio, una gran explosión, provocada por el estallido de la pólvora extraída de los fuertes y que se había almacenado en la calle Esgrima para su traslado a Ciudad Rodrigo, destruyó soberbios edificios que los salmantinos perdimos para siempre y cuya explicación y situación, tengo en otro artículo de esta página web.